



CAPÍTULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la señora, y del equipage en que salió de Burgos.



IRVIÉRONME un copioso plato de manos de carnero fritas, y le comí casi todo: bebí á proporcion, y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño; pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré? decia; ¿seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? Pero ¿á qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengo deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿acaso me inclina á ello mi propension? Nada de eso: mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide: quiero ceñir espada, y ver de hacer fortuna en el mundo. Y á esto me decidí.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeros proyectos estuve esperando el dia con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz, cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson que despertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavía en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí orden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar éste con dos mozos cargados cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dijo:—Caballero, ha tenido vd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro: no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aquí para entre los dos,



ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia: todos son mas duros que judíos: yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limito á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto; equivoquéme, quise decir con un cuarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pié de la letra, mandó á los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores, muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado espresamente para mí, el cual me deslumbró sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de una ropilla, unos calzones, y una capa; la ropilla con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté el precio. El prendero, que conoció cuanto me agradaba, me dijo:—En verdad que es vd. un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa vd. que este vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que no se le puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré del bordado? no parece cabe mayor delicadeza ni primor.—Y bien, le pregunté, ¿cuánto pedis por él?—Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. A la verdad la contestacion era convincente. Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad.—Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome vd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para aumentar en mí la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebajaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento con haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fué el mio cuando me ví tan bien equipado! no me cansaba de mirame. Ningun pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumage de su cola. Aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á Doña Mencía, la cual me volvió á recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le habia hecho, á que siguió

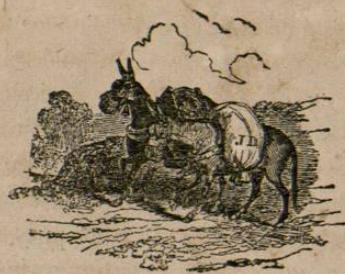
una salva de recíprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio cuando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo de mucho mas precio. En esta suspicion, mal contento de la generosidad de la señora, volví al meson haciendo mil calendarios; pero apenas habia llegado cuando entró en él un hombre que venia tras de mí, el cual desembozando la capa mostró un talego bastante largo que traia debajo del brazo. Así que ví el talego, que parecia lleno de dinero, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oír la voz de un serafin cuando aquel hombre me dijo, poniendo el talego sobre una mesa:—Señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplica á vd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil cortesías al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa, y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados que contenia. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero, que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta plata, y exclamó admirado:— ¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! Sin duda sabeis, añadió con malicia, sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y cuatro horas que estais en Burgos, y ya haceis contribuir á las marquesas.

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres, pero pudo mas en mí la inocencia de mis costumbres, que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de Doña Mencía. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis asuntos, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un aire serio, me dijo:—Señor Gil Blas, confieso que desde que ví á vd. le cobré particular inclinacion; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que vd. es un hombre nacido para la corte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá vd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y solo esti-

man á las personas que les son necesarias para sus fines. Ademas de este tiene vd. otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galan; y esto, aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien enriquecer á los que eran pobres. Soy pues de parecer que vaya vd. á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y vd. solamente será atendido á proporcion de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente, en fin, un hombre de mi mano. Compre vd. dos mulas una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo póngase en camino lo mas pronto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Díjome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fué que, siendo los demas criados por lo comun muy interesados, éste no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este asunto se contentaria con lo que quisiese darle. Compré unos botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados, ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer salí de Burgos camino de Madrid.





CAPÍTULO XVI.

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

DORMIMOS en Dueñas la primera jornada, y el día siguiente entramos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeámonos en un meson, que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fué á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió, devoto y compungido—que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una señora ricamente vestida, la cual me pareció mas hermosa que jóven. Dábale el brazo un escudero, y un morillo la seguia llevándole la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora, despues de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas le respondí que sí, cuando, desasiéndose del escudero, vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion.—¡Sea mil veces bendito el cielo, exclamó, por tan dichoso encuentro! á vd., señor caballero, á vd. venia yo buscando. Al oír esto se me vino á la memoria el petardista taimado de Peñafior, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera, ó una descarada aventurera; pero lo que añadió



me obligó á formar de ella un juicio mas favorable.—Yo soy, me dijo, prima hermana de Doña Mencía de Mosquera, que debe á vd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viage de vd. á la corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitare por esta ciudad. Dos horas ha que la ando corriendo toda, yendo de meson en meson á saber qué forasteros se han apeado en ellos; y por las señas que me dió de vd. el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencía. Me hará vd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Quise excusarme, haciéndole presente que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia á la puerta del meson un coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipage, porque en Valladolid, dijo, hay muchísimos bribones, lo cual era demasiadamente cierto. En fin, entramos en el coche ella y yo con su vejete escudero; y me dejé sacar del meson de esta manera con gran pesar del mesonero, porque así se veia privado del gasto que él suponía que yo habia de hacer en su posada con la señora, el escudero y el morito.

Despues de haber rodado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, adonde subimos á una sala bien adornada é iluminada con veinte ó treinta bujías. Habia en ella tambien muchos criados, á quienes preguntó la señora si habia venido Don Rafael. Respondiéronle que no; y ella me dijo, volviéndose á mí:—Señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aquí. ¡Cuán agradable será su sorpresa cuando se encuentre en su casa con un huésped á quien tanto debe toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oímos ruido, y supimos le causaba la llegada de Don Rafael. Dejóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle y muy airoso.—Hermano, le dijo la señora, no sabes cuánto me alegro de tu vuelta. Tú me ayudarás á obsequiar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta Doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla Don Rafael, y leyó en alta voz lo siguiente:

Mi querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que me ha salvado el honor y la vida, acaba de salir para la corte, y sin duda pasará por Valladolid. Te ruego encarecidamente por el vínculo del

parentesco, y aun mas por la amistad que nos une, le agasajes y obsequios cuanto puedas, obligándole á que descansen algunos dias en tu casa. Espero no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo Don Rafael todo género de atenciones. Burgos &c. Tu prima que te ama:—DOÑA MENCÍA.

—¡Cómo así! exclamó Don Rafael luego que leyó la carta; ¡es posible sea este el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida mi parienta! Doy gracias al cielo por este dichoso encuentro. Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dijo:—¡Oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo como debemos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda nuestra parentela. Correspondí lo mejor que pude á todas aquellas espresiones, y á otras muchas semejantes, acompañadas de mil caricias. Advirtiéndome despues Don Rafael que todavía tenia yo puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes mientras cenábamos me dijeron mil espresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de cuanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de Doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo buscaba ocasion, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persuadirme que ya me habia hecho dueño de la voluntad de aquella señora, y para resolver aprovecharme de este descubrimiento, por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Agradecieron mucho mi condescendencia; y la particular alegría que mostró Doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome determinado Don Rafael á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que queria proporcionarme en ella.—Unas veces, decia, nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si vd.

gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Ademas de esto no nos faltará buena compañía; y creo que no echará vd. de menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente iriamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y Don Rafael lleno de alegría me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome:—Señor Gil Blas, ahí le dejo á vd. con mi hermana; voy á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que nos han de acompañar. Dicho esto se salió del cuarto, y yo quedé á solas con la señora dándole conversacion, en la que no desmintió lo que yo habia juzgado de las tiernas miradas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dijo:—Parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito: ¿entiende vd. de pedrería?—Respondíle que no.—Lo siento, me replicó; porque si lo entendiera me diria cuanto vale esta piedra, mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y mientras yo lo miraba, añadió: Regálomelo un tio mio, que fué gobernador en Filipinas, y los joyeros de Valladolid le aprecian en trescientos doblones.—Lo creo, repliqué, porque me parece primoroso.—Pues ya que á vd. le gusta, repuso ella, quiero hagamos un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, Camila me apretó la mano, y me miró con ternura: luego cortando de repente la conversacion me dió las buenas noches, y se retiró, enteramente confusa y como avergonzada de haberme manifestado demasiado sus sentimientos.

Aunque era yo entonces uno de los cortejantes mas novicios, no dejé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en la quinta. Poseido de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el cuarto donde habia de dormir, y previne á mi criado me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi maleta, que estaba sobre una mesa, y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fui miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra, es un decente caudal para bandearme algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, cuando tan fácilmente he agradado á Camila. Veníanseme á la imaginacion todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que Don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan halagüeñas,